

Szurmuk, Mónica y McKee, Robert (coords.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*, México, D.F.: Siglo XXI, 2009.

Mauricio ZABALGOITIA HERRERA
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

Mucho tiempo ha pasado desde que en 1964 Richard Hoggart acuñara el término y fundara el ya mítico *Centre for Contemporary Cultural Studies*, en Birmingham, mismo que Stuart Hall terminaría dirigiendo, creando así una perspectiva novedosa de estudio y lectura —ampliamente cuestionada, incluso años después y tras célebres publicaciones de penetración occidental (Raymond Williams, Edward P. Thompson, Stuart Hall)—. Este modo de observar y leer se distinguía de la etnología, la teoría literaria, la filosofía y otras tantas disciplinas y subdisciplinas mediante, por lo menos, dos aspectos clave: “prácticas culturales” y “poder”. Y si bien es cierto que tanto una como el otro han sido constantes de las ciencias sociales y humanas, el enfoque inaugurado por estos estudios —dinámico, altamente crítico, multidisciplinar y muchas veces radical y politizado— ha alcanzado una notable incidencia y diseminación en muchos campos del saber, lo que le ha exigido una constante actitud de renovación y redefinición.

En el ámbito de lo “latinoamericano” y “el latinoamericanismo” —si es que reproducimos la valiosa distinción de Edward Said en cuanto a Oriente—, geografía que en las últimas dos décadas ha venido experimentando un cierto auge desde enfoques teóricos novedosos —estudios poscoloniales y subalternos, por ejemplo—, comparable al de los territorios sudasiáticos en años anteriores, el carácter dinámico, abiertamente crítico y cambiante de los estudios culturales ha logrado configurar un espacio de enorme especificidad, resultado no sólo del “giro histórico” y la relectura poscolonial de sus prácticas y artefactos culturales, sino de —y he aquí uno de los aspectos más destacados del diccionario que aquí se reseña— la exploración y relectura de sistemas alternativos y trabajos teóricos plenamente latinoamericanos, no sólo por haber sido enunciados “desde dentro”, sino por representar un tipo de preocupación rabiosamente crítica, descentrada y dinámica, mucho antes de que los *Cultural Studies* irrumpieran en el orden occidental del discurso académico. Nos referimos a entradas como “Transculturación”, “Heterogeneidad” y “Ciudad letrada”, las cuales, sin duda, representan el aspecto más penetrante del volumen.

Ahora bien, lo siguiente que otorga a este diccionario un enorme valor es su afán no reductor o centralista de la propia geografía del subcontinente. Así, su idea de América Latina incluye a Hispanoamérica, Brasil y al Caribe francófono y anglófono, además las presencias “latinas” en Estados Unidos y Canadá –entradas como “Diáspora” o “Frontera” dan cuenta de este fenómeno de enorme proyección cultural y literaria—. Y acaso de forma aún más notoria, su abierta inclusión de toda una serie de fenómenos, prácticas y artefactos culturales relacionados con lo indígena –en un marco amplísimo que va del colonialismo y la colonialidad a aspectos de identidad, raza y etnicidad, memoria, etc.— demuestra el afán plenamente (des/con)structivo que este tipo de estudios ha debido alcanzar para enfrentarse a los discursos del poder y a las grandes narraciones homogeneizantes que han venido negando el problema indígena, aun en los ámbitos académicos y críticos, el cual, por fin, parece erigirse como uno de los aspectos centrales de la negativa experiencia moderna del subcontinente.

En este sentido, destaca la misma heterogeneidad que subyace a todo el proyecto; el lector interesado, el estudiante universitario, e incluso el crítico e investigador pueden encontrar una enorme variedad de entradas que bien muestran la maleabilidad de unos estudios que desde hace unas cuantas décadas se han encargado de reterritorializar los circuitos culturales de emisión, crítica y recepción. Así, frente a una contextualización de los conceptos y disciplinas más representativos de los estudios culturales contemporáneos –“Cultura”, “Industria cultural”, “Género”, “Modernidad”, “Poscolonialismo”—, hacia el ámbito latinoamericano y en los que se conlleva una actualización, sobresalen términos de “resonancia especial” (10) dentro del problemático entramado moderno del continente, como las ya mencionados que relacionan las posiciones radicales y descentradas de Ortiz, Rama, Cornejo Polar o Mariátegui, pero también otras que muy bien conectan viejas encrucijadas –mito, memoria, identidad, nación—, con fenómenos recientes de mundialización cultural y posibilidades posnacionales: “Hibridez”, “Frontera”, “Local-global”, lográndose así una de las cuestiones esenciales de toda teoría crítica actual, la de una perspectiva rizomática de los fenómenos, las culturas y los poderes.

El volumen se complementa con algunos clásicos de los estudios culturales de América Latina –Jesús Martín Barbero y “medios de comunicación” o George Yúdice y

“política cultural”—. Destaca también una cierta intencionalidad por acometer actos teóricos que polemican o pretendan abrir nuevas vías de estudio, lectura y análisis; nos estamos refiriendo a entradas como “Subalternismo” —confeccionada por Ileana Rodríguez y en estrecha relación con “Representación”, “Subjetividades” y “Otredad”—, la cual parece querer determinar lo plenamente “latinoamericano”, por fin, de los llamados estudios subalternos —recordemos la polémica que desató la irrupción de lo poscolonial en el estudio de lo latinoamericano y la propuesta del “grupo de estudios subalternos” desde el latinoamericanismo estadounidense—; sin duda, este tipo de entradas —al igual que “Desconstrucionismo” de Román de la Campa—, destacan por su carácter abierto e invitante a la respuesta y desarrollo. En este sentido, este diccionario vuelve a presentarse dentro de una función dinámica y de transformación.

Ahora bien, sin duda, hay entradas que hacen falta y que en su inclusión habrían mostrado un interés por parte de los coordinadores de permanecer en la *universalidad* de los estudios culturales —Ignacio M. Sánchez Pardo hace notar la falta de “Cultura Juvenil” o “Intelectual” (Sánchez, 2009: 461)—; sin embargo, creemos que una correctísima reconstrucción del reificado término “hegemonía” —y en consonancia con la problemática latinoamericana y los *ires y venires* del poder— supera con creces ciertas omisiones. Ahora, en dado caso, bien habrían venido entradas como “Colonialismo interno”, “Descolonización” o “Mestizaje”, nociones fundamentales de la experiencia de las naciones de América Latina y desde las cuales se pueden llevar a cabo distintas lecturas *a contrapelo* de fenómenos en los que el poder ha resultado ser tanto el protagonista como el enunciador.

Un elemento cohesionador de los autores de las distintas entradas, y el cual en conjunto parece otorgar una definición real y posible de los estudios culturales latinoamericanos, podría estar más en un tono de desconfianza y en una actitud de revisión de lo latinoamericano mismo, que parece subyacer a la mayoría de las voces colaboradoras, mostrando, acaso, la dirección de las ciencias humanas y sociales en América Latina hacia las próximas décadas —más allá del marxismo, el feminismo u otros modos que aquí se renuevan—, y en las que las naciones, territorios, fronteras, géneros, cuerpos y cánones, sean definidos, descritos y abordados tanto desde la

enunciación oficial e histórica, como desde las supresiones, omisiones y modos reiterados de violencia real, discursiva, literaria y epistémica.